

Nagasaki, el último capítulo

Por Edwin Ortiz



Le doy gracias a Dios que todavía puedo caminar. Mis quemaduras son graves y mi dolor es grande pero el deseo de ver a mi familia es aun más grande todavía. Ya no tengo a mis padres y tengo un presentimiento de que pronto mi familia no me va a tener a mí. Denuncio a esta guerra, que me quito a las personas que mas amaba en este mundo. Mi intención es seguir caminando hacia Nagasaki hasta que mi cuerpo no pueda más.

Camino despacio. El horror alrededor de mí es casi indescriptible. Los cuerpos son innumerables. Puedo oír gritos y llantos, pero el humo denso no me deja ver mucho. Camino unos metros más y veo a un niño en el suelo, con un pedazo de un edificio sobre él, aplastándole las piernas. Llora con dolor, y corro hacia él. Parece tener la edad de mi hijo, sólo 6 o 7 años. Su cara está cubierta en ceniza, y sólo se le ve lo blanco de los ojos. Me dice “Quiero a mi mamá. ¿Por favor, dónde está mi mama?” Apenas y está consciente. Le aseguro que voy a encontrar a su mamá, pero en realidad es que la probabilidad de que esté muerta es alta. Los sobrevivientes parecen ser pocos. Lo saco de debajo del pedazo y le examino sus piernas, pero de inmediato les quito la vista y el vómito se me viene. Ya no va a poder caminar. Me limpio lo mejor que puedo con la manga de mi camisa y lo recojo en mis brazos. Toma casi todas mis fuerzas para reprimir mi grito. Mis quemaduras son graves. El niño necesita comida y descanso. Yo también lo necesito pero puedo esperar, él no. Necesito encontrar una tienda que no esté completamente

destruida. Miro al niño en mis brazos y veo que ha cerrado sus ojos, y me da miedo. –No te duermas- le digo-. Voy a encontrarte agua, y pan para comer. No te duermas- le repito. Pero no me oye; cierra sus ojos y duerme. Dejo caer una lágrima, porque sé que ya no va a despertar. Necesito descanso yo también. Estoy absolutamente agobiado. Encuentro un rincón y me dejo caer al piso. Le pido perdón a mis hijos y a mi esposa en voz alta. Quizás el viento cargara mi voz hasta Nagasaki. Acuesto al niño junto de mí y cierro mis ojos.